Lucas 10:25-37
La Misión del Mesías en Lucas
Viviendo la Misión a través del Amor
12 de octubre de 2025
Reverendo Brian North
Iglesia Rose Hill; Kirkland, WA

Hace un par de semanas hablamos sobre la misericordia como un aspecto del amor de Dios y cómo la misericordia es parte de la misión de Jesús. Hoy ampliamos este tema al tema general del amor. El amor es la esencia de Dios, de lo que hace y de lo que significa para nosotros tener una relación con él y con los demás. La primera carta de Juan lo expresa concisamente: «Dios es amor» (1 Juan 4:8 y 4:16). El Evangelio de Juan nos recuerda que «de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito...» (Juan 4:16). Innumerables versículos y pasajes de la Biblia hablan del amor de Dios por la creación, y en particular por la humanidad, creada a su imagen. Este amor es la esencia de Dios y de la misión de Jesús y cómo la cumple, algo que analizamos en esta serie.

Hoy nos encontramos en Lucas 10:25-37, y lo abordaremos en una sola lectura. Es un pasaje familiar para muchos, y la parábola que Jesús narra es inolvidable. Lucas 10:25-37. Esta es la palabra de Dios para ti y para mí esta mañana...

Entonces, Jesús se acerca a un hombre descrito como un "experto en la ley". Esto se refiere a la ley religiosa judía: el Antiguo Testamento, y especialmente la Torá, los primeros cinco libros de la Biblia. Estos libros no solo abarcan asuntos religiosos, sino también leyes sociales y cívicas, como los derechos de propiedad y las regulaciones ganaderas. Por lo tanto, su experiencia no se limitaba a la teología; se extendía a lo que podríamos considerar derecho gubernamental o civil. Es, por lo tanto, mitad teólogo y mitad abogado. Algunas traducciones incluso lo llaman abogado, aunque eso pasa por alto el aspecto teológico de su experiencia.

Este hombre se acerca a Jesús con una pregunta. Quizás quiere comprobar si la enseñanza de Jesús se ajusta a la larga tradición de interpretación judía —cosas que sin duda sucedieron— o quizás esta prueba se debe simplemente a su curiosidad (como Nicodemo en Juan 3). Pregunta: "¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?".

Como suele hacer Jesús, responde con una pregunta propia; de hecho, dos. Hacer preguntas es una forma inteligente de conectar con la gente. Demuestra curiosidad y apertura, y les permite descubrir lo que ya saben. A menudo, quienes hacen preguntas —probablemente todos lo hemos hecho— ya tienen una idea de la respuesta, y descubrirla les ayuda a reconocer y aclarar su propia comprensión, y a darse cuenta de que «sabía más de lo que creía».

Estas dos preguntas que Jesús plantea son la base de todo buen estudio bíblico con el que todo estudiante de las Escrituras debería comenzar. Primero: «¿Qué está escrito?». En

otras palabras: ¿Qué dice realmente el texto? ¿Qué palabras aparecen en la página? Empezar con esa pregunta básica nos obliga a reducir la velocidad y leer con atención, a ver lo que realmente está ahí en lugar de insertar palabras o ideas que no existen (o pasar por alto lo que sí lo está). Es fácil asumir que sabemos lo que dice un pasaje, pero a veces una mirada más atenta revela que es ligeramente diferente de lo que pensábamos, y esa diferencia puede tener un gran impacto.

Luego viene la segunda pregunta: "¿Cómo lo lees?". En otras palabras: ¿Qué significa el pasaje? Dadas las palabras reales en la página que lees con atención debido a la primera pregunta, ¿qué nos enseña el pasaje sobre el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo, sobre nosotros mismos o sobre algún otro aspecto de la fe o la teología? Estas dos preguntas son un excelente punto de partida para cualquier tipo de estudio bíblico, ya sea que estudies solo, con un amigo o en un grupo pequeño. No necesitas un plan de estudios formal ni un título en teología para profundizar en las Escrituras; puedes empezar aquí mismo, simplemente haciendo estas dos preguntas.

Así que el hombre responde —probablemente de memoria en este caso— citando dos pasajes del Antiguo Testamento: Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Detengámonos un momento y centrémonos en la primera parte de la respuesta del hombre: «amar a Dios». Nuestro amor por Dios se basa en el amor de Dios por nosotros. Ahí es donde comienza la Biblia: Amamos a Dios porque Dios nos amó primero (1 Juan 4:19). Las Escrituras muestran repetidamente que Dios es el gran iniciador, desde la Creación hasta la Salvación y todo lo demás. Todo lo que hacemos espiritualmente se debe a que Dios ha dado el primer paso. Amamos porque Dios nos amó primero.

Con el amor de Dios como modelo, estamos llamados a amarlo con todo el corazón, el alma, la mente y las fuerzas. Este es un amor integral y relacional, no transaccional. Una relación próspera con Dios es esencial para vivir la misión que Jesús nos encomienda. Y si descuidamos nuestra relación con Dios, nuestro amor se enfriará. Vemos el mismo principio en las relaciones humanas: si le digo a mi esposa: "Te amo", pero luego la ignoro durante semanas mientras veo los partidos de playoffs de los Mariners, empezará a cuestionarse mi amor. No es que... Qué pasaría en nuestra casa... ¡esto es completamente hipotético!

Hace unas noches, unos dos minutos después de que Gwen y yo nos acostáramos, le pregunté cómo le había ido el día, en concreto sobre la directora para la que trabaja, porque Gwen había tenido una observación unos días antes. Quería saber si había habido una conversación posterior. Gwen dijo: «La directora dijo que yo asdfkj ogksnm lasnp gnlasd». ¡Y entonces Gwen se durmió! Literalmente se quedó dormida a media frase. Ni siquiera recordó la conversación al día siguiente y se rió a carcajadas cuando le conté la historia. Si así funciona una relación, está condenada al fracaso.

El mismo principio se aplica a nuestra relación con Dios. Demostramos y cultivamos nuestro amor al conectar con Él: a través de las Escrituras, la oración, la adoración, cantando sus alabanzas, sirviendo a los demás y participando en su misión. Esto es lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas.

Ahora bien, la palabra griega para amor aquí es ágape. Gramaticalmente, es un mandato en segunda persona del futuro: «Amarás a Dios con todo tu ser...». Ágape es amor divino, de pacto y sacrificial: el tipo de amor que Dios tiene por nosotros. Así que, de nuevo, vemos con claridad cómo nuestro amor por Dios (también amor ágape) se arraiga en su amor por nosotros.

Luego llegamos al segundo mandato: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Curiosamente, en la respuesta del hombre, la palabra «amor» no se repite; se entiende del primer mandato. En el texto original del Levítico, el mandato es explícito. Este mismo amor divino, sacrificial y de pacto es lo que estamos llamados a mostrar hacia nuestro prójimo.

Jesús elogia al hombre por su respuesta, pero este insiste. Uno se pregunta si debería tener bastante tiempo por delante, ¿sabe? Lucas nos dice que quiere una definición de «prójimo» para justificarse.

Jesús responde con una parábola ambientada en el conocido camino de Jerusalén a Jericó. Un hombre es golpeado por ladrones y dado por muerto. Dos hombres de su misma nación y religión (se supone que en la historia el hombre es judío/israelita) —los héroes esperados, incluyendo un sacerdote— pasan sin ayudar. Entonces llega un samaritano. Los samaritanos y los israelitas, como mencioné brevemente la semana pasada, estaban en desacuerdo cultural y religiosamente; se evitaban mutuamente. Sin embargo, este samaritano se detiene para ayudar. Lo hace de seis maneras: vendando heridas, curándolas con aceite y vino, subiendo al hombre a su propio burro, llevándolo a una posada, cuidándolo allí y pagando al posadero, prometiendo cubrir cualquier gasto adicional.

Jesús pregunta cuál de los tres actuó como prójimo. A regañadientes, el hombre responde: «El que tuvo misericordia de él». Nótese que no se atreve a decir «el samaritano». Jesús entonces dice: «Ve y haz tú lo mismo». Es un imperativo constante. Amar al prójimo no es una acción puntual; Es una práctica continua: "sigue adelante y sigue haciendo lo mismo", en todo momento, dondequiera que estemos: donde vivimos, trabajamos y nos divertimos. Y "prójimo" tiene un alcance amplio: cualquiera es potencialmente nuestro prójimo.

Esto ilustra el tercer paso del estudio bíblico transformador. Primero: ¿qué dice el texto? Segundo: ¿cómo lo interpretas? Tercero: ¿cómo vas a vivirlo? Jesús, en realidad, no lo plantea como una pregunta, como si hubiera una gama de opciones para elegir: es un mandato continuo. El estudio que se detiene en la mente no conduce al verdadero

discipulado. Debemos preguntarnos y considerar: "¿Cómo cambiará esto mi día, mi mañana y el futuro?". Y luego ponerlo en práctica.

Curiosamente, Jesús cuenta esta parábola para responder a la pregunta sobre quién cuenta como prójimo, pero a menudo la consideramos una definición completa de amar al prójimo. Sin embargo, no es completa. Él limita el enfoque intencionalmente debido al corazón del hombre; la misericordia mostrada entre un samaritano y un israelita fue alucinante para el experto en la ley. El amor de Jesús abarca misericordia y compasión, sí, pero es más amplio que eso. El comienzo del Evangelio de Juan lo resume: Jesús vino "lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14).

Algunas personas eliminan la "verdad" del amor y luego reducen y cambian el componente de "gracia" del amor por "ser amable". "Amable" se centra en ser agradable, simpático y caer bien a los demás. Tiene una cortesía superficial. La Biblia nunca usa esa palabra. En cambio, las Escrituras hablan de ser bondadoso. La bondad bíblica es más profunda, arraigada en la bondad y el cuidado del bienestar ajeno, y por lo tanto no teme decir la verdad con amor. Por ejemplo: una persona amable no le dirá al pastor el domingo por la mañana que tiene la cremallera desabrochada porque podría ser incómodo o descortés... y así la verdad queda enterrada; una persona bondadosa le dirá la verdad al pastor porque le importa más el pastor que sus propios sentimientos. (Por cierto, eso nunca me ha pasado. 😂) Esto es lo que hace Jesús. Porque es bondadoso, denuncia el pecado, dice verdades difíciles o incómodas y desafía con gracia. Es tan cierto que el amor cristiano combina la gracia y la verdad. El amor ágape siempre abraza ambas.

La verdad puede doler, pero Jesús la expresa con bondad porque es el primer paso para seguir a Jesús. Ocultar la verdad sería cruel y moralmente incorrecto. Y hay muchas verdades que Jesús dice que podrían irritarnos. Por ejemplo, Jesús confronta el pecado sexual. Lo hace con la mujer junto al pozo, mencionando su situación actual de tener una relación sexual con un hombre que no es su esposo (Juan 4). También instruye a la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8) a "vete y no peques más", a la vez que expone la hipocresía y el pecado de los hombres que la acusaron. En otro pasaje, equipara la lujuria con el adulterio (Mateo 5) y afirma el matrimonio como un pacto entre un hombre y una mujer (Mateo 19). Todas estas son verdades incómodas dichas con bondad, para nuestro beneficio y bienestar.

También vincula la ira con el asesinato (Mt. 5) y afirma que ambos reciben el mismo juicio de Dios; Nos manda amar a nuestros enemigos y orar por quienes nos persiguen (no orar por su mal; Mateo 5), denuncia la avaricia (Mateo 6, Marcos 10), denuncia la hipocresía religiosa (Mateo 6 y Marcos 12) y enseña que la grandeza se alcanza con la humildad y el servicio (Lucas 9, lo que vimos la semana pasada). Sin embargo, quizás la verdad más difícil para muchos sea sobre sí mismo: «Nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6). Jesús ofrece una invitación abierta, y no hay requisitos para recibirla; es literalmente para todos. Pero enseña que él es el único camino. Esa es una verdad incómoda. También advierte sobre las consecuencias eternas, describiendo la puerta estrecha y el camino

angosto que conduce a la vida al seguirlo, y el camino ancho y fácil que lleva a la destrucción. Estas verdades son difíciles, pero forman parte de la plenitud de su amor: verdad y gracia juntas. Decir verdades duras es un acto de amor, cuando se hace con bondad y gracia. Es amor porque necesitamos escuchar la verdad para reconocer nuestro pecado y recurrir a Jesús en busca de perdón; es el primer paso del discipulado. Efesios 4:15 nos recuerda que "hablar la verdad en amor" nos ayuda a madurar y a conectarnos más profundamente con Cristo. Ignorar o afirmar el pecado, por otro lado, no es amor; nos aleja de Jesús. Necesitamos tanto la verdad como la gracia. Este es el amor ágape de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: un amor sacrificial que busca nuestro bien supremo.

Este amor al prójimo, arraigado en nuestro amor a Dios, que a su vez está arraigado en el amor ágape de Dios por nosotros, es fundamental para la misión de Jesús. De hecho, es fundamental para la existencia de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo lo que Jesús hace fluye de este amor ágape, que es a la vez misericordioso y veraz. Su amor no es cobarde ni cruel. Su amor ágape es lo suficientemente fuerte como para decir la verdad. Consuela al dolido y confronta al orgulloso, para poder redimir a todos. Como discípulos de Jesús, estamos llamados y enviados al mundo —a nuestros hogares, lugares de trabajo y comunidades— a amar a nuestro prójimo, quienquiera que sea, con este mismo amor. Este es el amor que define nuestra misión y rige cómo la llevamos a cabo: el amor ágape en acción. Está lleno de gracia y verdad, como Jesús. Que seamos llenos de esa misma gracia y verdad al vivir en misión para él cada día. Oremos... Amén.